

más de «recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro que llevaba el bagage» que de exterminar a los españoles como hubieran podido hacer.

De nuevo Cortés sitia la capital mexicana con ayuda de sus aliados, que aportan un importante refuerzo de hombres y de materiales. Cuauhtémoc, junto con los otros dos jefes de la Triple Alianza (Coanácoch y Tetzlepanquetzal), reúnen unos 300.000 hombres para hacer frente a este ataque, ofreciendo resistencia a los españoles. No obstante, la ayuda prestada por los antiguos súbditos de los mexicanos es nula, a causa del odio que todos sienten hacia ellos, por lo que acaban comprendiendo que serán vencidos.

El ejército de Cortés consigue penetrar en la capital, quemando los palacios y los templos, abatiendo a los dioses, destruyendo todo a su paso y provocando la miseria de los indígenas que, débiles y hambrientos, llegan a conmover al propio capitán, quien intenta entonces persuadirlos para que se rindan, obteniendo como respuesta que prefieren morir antes que ser sometidos.

En este entorno dantesco, con miles de cadáveres que había que pisar para poder caminar, un olor insoportable y ruinas por todas partes, el capitán García Holguín logra apresar una canoa en la que viajan los tres señores de la Triple Alianza, pobremente vestidos, presentándoselos prisioneros a Cortés. Es el 13 de agosto de 1531, y Cuauhtémoc se declara vencido. Más adelante, tras ser sometido a horribles torturas para que revele dónde ha escondido el oro que los españoles buscan y no acaba de aparecer, Cortés se lo lleva consigo en su expedición a Honduras, para evitar que Cuauhtémoc reorganice la resistencia; en el camino, un indígena llamado Mexicalcingo lo acusa de tramitar una nueva rebelión, por lo que don Hernando ordena su ejecución, junto con la del señor de Tacuba, Tetzlepanquetzal, el día 28 de febrero de 1525, ganándose el disgusto de todos sus compañeros.

Por todo ello, Cuauhtémoc será mitificado por los mexicanos hasta la actualidad (al contrario que Motecuhzoma, símbolo de la sumisión fatalista al invasor), por su valor y su empeño a la hora de luchar por impedir el fin de su mundo, como abanderado del indigenismo americano.

Dentro del apartado de las rebeliones que tienen lugar en México, cabe citar el episodio conocido como la guerra de Mixton, ocurrido entre 1541 y 1542. Se trata de un movimiento milenarista que se opone a lo español y a los españoles en el territorio fronterizo de Nueva Galicia, en la costa del Pacífico. Sus inicios se sitúan al norte de esta región, en Tlatenango y Suchipila, habitadas por los cascanes. En este caso, la rebelión toma un cariz de milenarismo, al ser los hechiceros quienes predicen la venida de Tlatol y sus huestes, intentando convencer a los indígenas para que rechacen las formas culturales españolas, regresando a las autóctonas, sobre to-

do en el caso de la readopción de la poligamia y la restauración de la religión tradicional. En este momento, anunciará una nueva Edad Dorada, con riquezas, armas mágicas, plumas, cosechas nacidas de manera espontánea, libre del sufrimiento y de la muerte. Para ello, con ayuda de Tlatol, los españoles deberán ser expulsados de todos los territorios que ocupan, y sus tradiciones habrán de ser abandonadas, so pena de terribles castigos si no lo hacen.

El movimiento empieza a dar resultados, y en Tlatenango, los indios se purifican en masa para ingresar en él, lavándose la cabeza a fin de eliminar los restos de su bautismo, y utilizando la violencia como método liberador: queman iglesias y se organizan militarmente en la montaña de Tepetitlaque. Tras una victoria sobre las tropas de Miguel de Ibarra, la rebelión se extiende hacia las montañas de Nochistán, Acactic, Cuinao y Mixton, donde se enfrentan a los españoles comandados por Cristóbal de Oñate, que son también vencidos. Diversos fuertes son sitiados, y ha de pedirse ayuda al adelantado de Michoacán, Pedro de Alvarado, quien a su vez ataca a los indios guarnecidos en las montañas y sufre una nueva derrota.

Los indios siguen rebelándose, y sitian Guadalajara. Ante la gravedad de la situación, el propio virrey Mendoza toma el mando de la expedición, organizando un primer ataque a la montaña del Cuinao, en el que vence, matando y esclavizando a sus prisioneros. Emprende entonces el asalto a la montaña de Acactic, haciendo que los rebeldes se dispersen. Tras esto, sitia la montaña de Nochistlán, tomándola; ya sólo queda el principal foco de resistencia indígena, la montaña de Mixton, que tras una dura batalla, es ocupada por el virrey, concluyéndose lo que se ha llamado «la segunda conquista de México».

Por último, hay que mencionar la revuelta de Hidalgo, en diciembre de 1810, en Guadalajara. Hidalgo ordena retirar el retrato del rey Fernando VII que preside la sala de recibo y, mientras Allende se ocupa de preparar el ejército, él va dando forma a la revolución: el 5 de diciembre decreta la devolución de las tierras a sus legítimos ocupantes, los indígenas; el día 6 declara abolida la esclavitud, las gabelas, y suprime el uso de papel timbrado. Es declarado apóstata por la Inquisición, a lo que él responde con una auténtica declaración de utopía independentista. Estas son sus palabras:

Unámonos todos los que hemos nacido en este dichoso suelo, veamos desde hoy, enemigos y extranjeros, enemigos de nuestras prerrogativas, a todos los que no sean americanos. Establezcamos un Congreso que se componga de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que dicte leyes benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo: ellos entonces nos gobernarán con la dulzura de padres, moderando la devastación del reino y la extracción de su dinero; fomentarán las artes, se avivará la industria, haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestros

feraces países, y a la vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente<sup>23</sup>.

En el caso de los incas, los españoles se impusieron a ellos con más o menos dificultades, culminando el proceso conocido como «la conquista del Perú». Sin embargo, una vez finalizada ésta, no acaban los enfrentamientos entre ambas partes, sino que continúan con una clara intención de reestructuración del mundo indígena en una serie de rebeliones en las que, si bien en el caso mexicano que ya se vio, son esporádicas, en el área andina cobran una fuerza inusitada, que denota claramente el rechazo de los indios a la situación colonial.

La primera de ellas es la protagonizada por Manco Inca, uno de los hijos de Huayna Capac, nacido en 1515, quien, en 1530, durante la guerra civil que, según hemos visto, enfrentó a sus hermanos Huáscar y Atahualpa, es demasiado joven aún para tomar parte en ella, aunque se decanta por el primero de ellos, a quien considera el legítimo heredero del trono inca.

Durante la conquista, en 1532 y 1533, Manco se alía a los españoles, a quienes considera como una ayuda para luchar contra el ilegítimo Atahualpa. Así, una vez muerto éste, y tras el efímero reinado de Tupac Huallpa, Pizarro decide que sea Manco Inca quien ocupe el lugar de cabeza del imperio. Por un tiempo, Manco juega el papel de comparsa que se le ha asignado, ejerciendo como soberano, pero sometido a los recién llegados, viviendo en la contradicción de gozar al mismo tiempo de los honores propios de su condición y de sufrir las mayores vejaciones por parte de éstos. Dos veces es arrestado, y presentado cargado de cadenas ante sus nobles; sus mujeres son violadas ante él, y los incas acaban perdiendo el respeto y la sumisión que antes le tenían. Es el germen de la rebelión. Pretextando ir a buscar una estatua de oro para ofrecérsela a los españoles, logra salir del Cuzco y llegar hasta el valle de Yucay, reuniendo a unos 50.000 hombres procedentes de todos los puntos del imperio, para sitiar la capital, que en aquel momento sólo está custodiada por un pequeño retén al mando de los hermanos de Pizarro. El cerco dura desde marzo de 1536 hasta abril de 1537, penetrando en ella poco a poco hasta obligar a los españoles a buscar refugio en el centro de la ciudad. Las armas utilizadas revelan la inteligencia de Manco y su capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias: contra los caballos utiliza «bolas» (piedras atadas con una cuerda que se les enredaban en las patas) y fosos con picas en el fondo; consigue hacerse con algunos arcabuces y reunir prisioneros españoles que le fabriquen la pólvora; se hace con un pequeño número de caballos... Pero su táctica continúa siendo ritual, atacando en noches de luna llena, y esto supone el primer motivo de la posterior ventaja española; otra causa quizá pueda serlo su excesiva confianza en la superioridad numérica de su ejérci-

<sup>23</sup> Citado por García Cantú: *Utopías mexicanas*, México, FCE, 1978, págs. 9-10.

to, que en realidad se compone de un gran número de personas desorganizadas, entre las que se cuentan muchas mujeres y niños inexpertos; pero tal vez la causa principal de su derrota sea la masiva adhesión de tribus indígenas (cañaris, yungas, etc.) a los españoles. Lo cierto es que, tras una acción de éstos, los rebeldes han de aflojar el cerco que mantienen en el Cuzco, y modificar su táctica adoptando la estrategia de escaramuzas aisladas en vez de una sola batalla definitiva. Refugiado en Ollantaytambo, en plena sierra, Manco Inca intenta aprovechar la rivalidad entre Pizarro y Almagro, ejerciendo una auténtica acción diplomática al negociar simultáneamente con ambos. Tras ocupar el Cuzco, Almagro decide atacar a Manco, vencéndolo y obligándolo a retirarse a Vilcabamba, una región de la sierra que por su inaccesibilidad sería, entre 1537 y 1572, el centro de la resistencia indígena. Allí, Manco reestablece sus tradiciones autóctonas, seguido de una gran cantidad de adeptos, reinstaurando un imperio neoinca gracias a la recuperación del culto al sol, con lo que la rebelión que en un primer momento había sido únicamente militar, toma ahora un cariz religioso y ceremonial: por órdenes del Inca, los indios deben rechazar los dioses y la religión de los españoles, al mismo tiempo que los combaten militarmente, consiguiendo llegar hasta Jauja.

Para frenarlo, Almagro —enfrentado, como ya se dijo, con Pizarro— decide fomentar las divisiones internas entre los incas, coronando a otro soberano: Paullu, hermano de Manco, en 1537, que tenía su centro en el Cuzco. Al haber un nuevo Inca en la capital, muchos adeptos a Manco decidieron irse con él, viviendo el extraño fenómeno de un estado indígena con un soberano aculturado, españolizado y cristiano, favorable a los españoles. Así debilitado, Manco Inca es asesinado por un grupo de partidarios de Almagro el Joven, en 1545, siendo su cuerpo llevado al Templo del Sol como sus antecesores, pero nombrando como heredero a su hijo Sayri Tupac, demasiado niño como para ejercer la soberanía, pues tenía diez años; su tío se hace cargo de la regencia, y los españoles aprovechan el momento para negociar, ofreciendo a Sayri Tupac encomiendas y privilegios a cambio de su adhesión. Pero el trato no prospera, al morir Paullu en 1549, y no será hasta 1555, cuando, tras ser coronado Sayri Tupac con las ceremonias tradicionales, consiente en ser bautizado, resultando ser otro ejemplo de Inca aculturado al que se esperaba que siguieran los rebeldes de Vilcabamba. Pero Sayri Tupac muere en 1560, siendo sucedido por el hijo de Manco, Titu Cusi, quien decide proseguir la postura de su padre de rebelión contra los españoles, pese a que había sido criado entre ellos. Con este nuevo soberano, el Estado neoinca alcanzará un relativo esplendor durante algunos años más, hasta 1572: las provincias del Imperio son, según el propio Titu Cusi, Rupa-Rupa, Pilcoçuni, Guaránpay, Peaty, Chiranaua,